Memorias de la Guerra del Chaco

Fui prisionero privilegiado, gracias a la música

(fragmentos)

La vida es una secuencia de sucesos tan diversos y propios de cada persona, que no pueden haber dos vidas iguales; así, aunque en la contienda del Chaco hayan participado miles de soldados bolivianos, no hay dos que hayan experimentado las mismas vicisitudes. Es así como el soldado Víctor Jiménez García, aparte de sufrir, como todos, las calamidades de la guerra, tuvo algo muy especial siendo prisionero de guerra, ¡fue un prisionero privilegiado!, no precisamente por ser un "vivo", un adulón o tener influencias políticas, sino por algo especial, grande, que sólo unos pocos pueden serlo: un artista músico, sensible e inteligente, que supo usar su arte como bálsamo en el hagar de la guerra, como aliciente cívico cuando bajaba la moral en los soldados y, finalmente como signo de categoría personal siendo prisionero, que inclusive lo puso en un nivel superior a los oficiales enemigos, mereciendo el respeto de ellos, tanto a su persona como a nuestra patria Bolivia.

Fui prisionero privilegiado gracias a la música

El fatídico 11 de diciembre de 1933, nuestra unidad cayó prisionera no por falta de valor ni patriotismo, sino por sed y hambre, enfermedades, inferioridad numérica de soldados, armamento y munición agotados. El Mariscal Estigarribia (comandante paraguayo) en sus memorias dice: "En las acciones de Campo Vía, el ejército paraguayo tomó parte en su integridad, al contrario de las tropas bolivianas que estaban muy disminuidas y agotadas"

De Asunción y por tren, nos llevaron a Paraguarí, creo la segunda ciudad del Paraguay que resultó ser el principal campo de concentración de prisioneros. Desde allí repartían a los cautivos a otros lugares donde se los necesitaba. Igual cosa hubiera sucedido conmigo de no haber ocurrido lo que constituyó el gran suceso en mi vida de prisionero:

Resulta que llegó el día del cumpleaños del comandante del cuartel Crnl. Machuca y le agasajaban esa noche con una cena y baile en el casino de oficiales. Nosotros, pobres prisioneros, cuando mucho atinamos observar desde las rejas, cómo llegaban damas elegantemente vestidas, había ruido de platos, copas, etc., y amenizaba la fiesta una bonita orquesta compuesta por dos violines, bandoneón, saxo, guitarra y la infaltable arpa paraguaya. Sentíamos tristeza y nostalgia de la música y comida de nuestra tierra.

Pasaron unas dos horas del baile, cuando un oficial salió al encuentro nuestro, y con su vozarrón dice: "¡Ey! ¿Alguno de ustedes sabe tocar piano para la orquesta?" ¡Claro que yo sabía!, pero ni pensar en decírselo, si mi facha daba lástima, ni zapatos tenía, pero Gómez me instó en voz baja "Andá hermano, por lo menos te invitarán una cervoza". "No pes hombre, en mi trazaÉ" así andaba cuando prácticamente me empujó y aparecía como aceptando la oferta.

Así fue que este suceso fortuito, o dispuesto por Dios, cambió totalmente mi futuro. Rápido me aseó y me vestí con ropa limpia y nueva que me proporcionaron los pilas, e ingresé al salón. Todos me miraban como a bicho raro. El Director de la Orquesta, Sr. Bernardino Mosqueira me pone a prueba diciendo: ¿Podrá tocar usted algún vals? Y justamente tenían ahí la música de algo muy conocido por mí, el vals de Strauss ÓDanubio azul'. Después de frotar mis endurecidos dedos empecé a tocar el piano. Me parecía increíble estar haciendo eso como prisionero y en un país extraño. La orquesta se me complementó muy bien yÉ ¡sucesó! Al terminar la pieza muchas personas se aproximaron a mi rededor para ver quién era ese famélico soldado que sabía tocar piano, y escuché varios comentarios. Por ejemplo: "¡Los bolivianos también habían sabido tocar piano!"

Así transcurrió el baile casi hasta el amanecer, y antes de retirarse, se acercaron varios oficiales y el comandante en persona para felicitarnos por nuestra buena música en la fiesta. Yo sacaba pecho como podía yÉ ¡Santo cielo, me invitaban a ser componente regular de la orquesta, con todas las ventajas que ello implicaba, como que aparte de ser bien comido y vestido, era respetado. ¡Qué orgullo como soldado boliviano!

La bonanza no debía ser sólo mía

Mi vida como componente oficial de la orquesta del casino, hizo que tuviera un status que tal vez ni muchos oficiales bolivianos prisioneros lo tuvieron; es que la música, aparte de ser un idioma universal, tiene la virtud de ablandar espíritus, restañar heridas, en fin, todo beneficio. Me trataban como algo especial, como a artista.

Viajábamos contratados para actuaciones especiales, sea a Asunción, Villa Rica, Carapeguá, y otras ciudades, es que no era una orquestita de dos por medio, pues empezando del Director Mosqueira que era un delicado violinista, los demás eran eximios en cada instrumento.

Tuve la suficiente humildad para pensar que yo no podía estar a cuerpo de rey y mis compañeros de prisión a ración de hambre, de manera que con bastante frecuencia les llevaba alguna comidita buena, empezando del que me empujó a esta situación: Humberto Gómez y así también a los demás. Me agradecía mucho, pero era mi deber. Para ellos poco tiempo duró la ayudita, pues los cambiaron a otros campamentos según las necesidades de mano de obra que tenían los paraguayos. Lógicamente que a mí, ni pensaron en llevarme a otros lugares.

Carceleros disputándose por el prisionero

Transcurrieron meses, un año de esa vida de prisionero privilegiado por la labor de orquesta, cuando un día imprevisto me llaman a la guardia del cuartel y me buscaba un señor, me sorprendí que me busquen ¿a mí? Quién podría ser, si no tenía parientes ni conocidos por allí. Me llenó de temor y curiosidad, y resulta que había sido un médico brasilero residente mucho tiempo en el Paraguay, y que se había enaciolado de mí como hombre honrado y humilde, culto en comparación a otros que él conocía, y tal vez por influencias con altos militares, sacó de ellos una orden para llevarme con él a su casa, para cuidar su residencia y ayudar en su consultorio seguramente. Yo nada podía opinar, más bien los de la Orquesta y el Casino no querían que me vaya pero, órdenes son órdenes y no había remedio.

Me entregaron a dicho médico, pero con una condición: que a simple solicitud del comandante del regimiento, podía darme permiso para actuar con la orquesta. Felizmente aceptó esa condición y partimos en su lindo automóvil rumbo a su casa. Se notaba pena entre los componentes de la orquesta, lógicamente en mí también.

Vida de mayordomo y músico

Llegamos a su casa, salió a nuestro encuentro una joven muy simpática y le saludó diciendo "buenos días señorita" y ella, como que me miró sorprendida (después supe que no era la hija, sino la esposa del doctor este).

Me dieron una habitación exclusiva, con varias comodidades, y como obligaciones, debería atender una barraca de cueros, porque comerciaban cueros, todo desde la 6 de la mañana, y en las tardes debería ayudarle en su consultorio.

Tal como había convenido con las autoridades militares, me daba permiso para ir a mi otro trabajo en la orquesta, una o varias veces a la semana, pero siendo un trabajo casi siempre nocturno y a veces hasta el amanecer, no le gustó, pues no podía exigirme levantarme a las 6 de la mañana. Optó por negar mis salidas y, como era de esperar acusó reacción en los militares y también la gente de la "sociedad" que me conocía.

Las cosas llegaron más allá. Los militares aducían que yo era prisionero, por lo que debía estar en el cuartel, y además no podía servir a un extranjero (como que era brasilero el doctor). Así que llegó otra contraorden: que debía retornar al cuartel.

El doctor retrucó las presiones militares ocultándome, me llevó una estancia que tenía a unos 15 Kms. de su casa, ¡incluso había dicho que me fugué de su casa! Por mi causa se peleaban entre ellos y ya no me gustaba la cosa. Realmente hubiera preferido quedarme en mi orquesta.

El doctor, para contentarme, instruyó al capataz de esa hacienda llamada "El Paraíso" que yo sea bien tratado, y como trabajo me dio un puesto de alfabetizador, pues casi todos los peones que trabajaban eran analfabetos, así que mi nueva categoría de profesor la desempeñé sin problemas.

Pero pasaban los meses, y ya me sentía incómodo, pues no hacía más que pasear en caballo, cazar aves y ayudar a la crianza de ganado (había unas tres mil cabezas).

Por cierto que era bien tratado, y todos me apreciaban, pero no estaba en "mi tinta", entonces decidí salir de la estancia, le pedí permiso a la esposa del doctor para salir de allí, y me negó diciendo: ni pensar, pues usted está como evadido y los soldados lo agarran inmediatamente, y que incluso su casa estaba a veces rodeada de soldados. Eso confirmaba que no le creyeron al doctor la versión de que me fugué.

Ella más bien me ofrecía otra posibilidad: hacerme escapar a la Argentina, pues tenía un hermano en la vecina provincia de Corrientes, y me ofrecía inclusive hacerme estudiar más música en el Conservatorio de Buenos Aires.

Nuevamente prisionero

No me dejó llevar por las anteriores promesas o "cantos de sirena" y más bien, decidí afrontar las cosas por mi cuenta. Así, una tarde tomé un caballo y emprendí camino de la casa del doctor. Llegué ahí, no estaba él, sólo la señora que me recibió sorprendida y recriminó mi actitud. Estuve oculto unos días, y realmente había soldados merodeando la casa, así que decidí retornar una noche al "Paraíso".

Después de un tiempito decidí ir otra vez a la casa del doctor, pero esta vez ya no tuve la suerte anterior. Me habían estado esperando los soldados. Me agarraron, sentí temor por mi futuro. Entonces al despedirme, la señora que era muy buena, me regaló un paquetito, y era... dinero, que lógicamente me sirvió de mucho posteriormente. Así pues, me llevaron a un nuevo campamento de prisioneros: Yuquirí, donde conocí nuevos compañeros, sus "casas" eran unos galpones de ramas y paja, construidos por ellos mismos.

La primera semana, temprano los llamaron a filas para ir a trabajar en un camino entre Paraguarí y Carapeguá: yo no estaba en lista, así que me quedé solo, y notando esto el Comandante me preguntó quién era y de dónde venía. Le di mi nombre y otros pormenores. Eso le causó sorpresa y frunciendo el ceño me amenazó: usted en la lista de evadidos y ¡eso se castiga con fusilamiento!

Pero explicándole lo sucedido, y recordándole que era componente de la Orquesta, cambió su actitud, y más bien me ordenó que me condujeran a mi antiguo cartel Valois Rivarola. ¡Otra vez me salvó la música! Así que, como a pedir de boca, otra vez me vi rodeado de la Orquesta y todas las ventajas que ello implicaba. Dios es grande.

Fin de la guerra. Fin de mi dulce prisión

Si bien el trabajo de la orquesta o como profesor me tenían distraído y bien tratado, la nostalgia por nuestra tierra, los familiares, hacía que largos momentos me quede pensativo y deseaba fervientemente ser repatriado, no es para menos estar en tierra extraña por cerca de 3 años, y haber tocado de cerca la muerte.

Así Dios escuchó nuestras plegarias, y llegó la noticia del cese de hostilidades. Casi lloramos de alegría, esperábamos que pronto haya canje de prisioneros o cosa parecida.

Todo esto no impidió que yo siga trabajando en la orquesta hasta el último día de junio de 1936 en que fui uno de los últimos repatriados.

¡Qué combatiente que tuvo la suerte de regresar vivo a la Patria, no habrá llorado al pisar de nuevo su casa! Es que los humanos somos así, valoramos más una cosa cuando estamos lejos de ella. Nuestro concepto sobre la vida y la muerte cambió, porque sólo nosotros hemos sufrido las calamidades de una guerra y, más aún, de una guerra estúpida que enfrentó a dos pueblos hermanos pobres. Ninguno ganó nada, sólo perdimos muchas vidas inocentes.

Víctor Jiménez García. Tacú (Cochabamba) 1910. Excombatiente de la Guerra del Chaco. Profesor y compositor. Autor, entre otras composiciones, de la Cueca "Quejas del alma"